

4° Capítulo del Abad General para el CFM – 28.08.2012

Hace algunos días señalaba que hoy en día el temor de Dios está considerado como una actitud anticuada, porque para la mentalidad actual parece oponerse a la libertad, a la inteligencia y a la felicidad del hombre. Lo que ha llevado a este sentimiento es la pretensión de que el hombre moderno pueda y deba construirse por sí solo, ser el creador y salvador de sí mismo. Y en esta mentalidad nos encontramos ahora, y esta mentalidad determina en el fondo el modo de concebir la ciencia, la política e incluso antes la ética. Y dado que el hombre se construye y salva a sí mismo, debe ser también él quien cree las reglas de esta creación y salvación. Las reglas morales, en el caso de que deban existir, pueden ser hechas, deshechas y rehechas por el hombre mismo, basta ponerse de acuerdo una mayoría o la fuerza de imponerse a la opinión pública.

A menudo se pretende que la Iglesia se adapte también a esta concepción del hombre, o que al menos se mantenga aparte y no moleste a esta gran obra.

Pinceladas de esta mentalidad se encuentran también evidentemente en nosotros y en nuestros monasterios, por lo que cuesta admitir que un modo de vida como lo inspira San Benito valga también para nosotros en la actualidad. Estamos de acuerdo en que san Benito inspire un poco el estilo de nuestra vida, que nos sugiera un poco de formas y de usos monásticos, pero que nos pida una conversión en la raíz de nuestra propia conciencia, de la concepción de nuestra vida, esto nos cuesta aceptarlo, o, por lo menos, no nos parece importante. Toda la construcción monástica y comunitaria que la Regla de san Benito establece, es como si debiese ayudarnos solo a hacer nuestra obra de construcción de nosotros mismos y de nuestra vida. No lo concebimos como el ámbito educativo en el que el artífice es Dios, y la obra somos nosotros, creados y salvados por Él.

Haciendo un inciso, es bueno que recordemos, cómo la Iglesia y muchas personas de buena voluntad lo han hecho a menudo en los últimos decenios, dejando claro que esta concepción de que el hombre es capaz de construir por sí solo su libertad, su sabiduría y felicidad, capaz de amar por sí mismo, ha naufragado desde hace tiempo, ha naufragado simbólica y realmente en Auschwitz. Después de Auschwitz, y también después de los Gulag rusos y otros miles de campos y formas en los que en cada continente se ha exterminado a la humanidad, y se la sigue exterminando aún con ya más de mil millones de niños abortados, después de todo esto, quien pretenda que el hombre pueda garantizar por sí mismo la libertad, la sabiduría y la felicidad de su vida es como si lo hiciese golpeando con desprecio y crueldad a millones, miles de millones de víctimas del orgullo humano que se alza contra Dios.

Digo esto porque pienso que ante el sufrimiento de la humanidad, sobre todo del sufrimiento inocente, con frecuencia nos limitamos a experimentar un poco de compasión, o de rabia, y, sobre todo, de sentimiento de impotencia. Pero raramente pensamos que la reacción más verdadera sería nuestra disponibilidad personal para convertirnos de la posición orgullosa y autónoma que ha llevado al holocausto, a convertirnos a una concepción de nosotros mismos que volvemos a reconocer que la verdad del hombre consiste en ser creado y salvado por Dios, y no por sí mismo. Nuestra disponibilidad, por lo tanto, a vivir en el temor de Dios que pide al Señor la libertad, la sabiduría y la felicidad que solo Él puede y quiere darnos.

Por esto, el carisma de san Benito es, paradójicamente, más actual hoy que hace 15 siglos. Es más actual después de Auschwitz que después de la caída del imperio romano. En los tiempos de Benito era urgente reconstruir la sociedad, la cultura, pero hoy existe sobre todo la urgencia de reconstruir al hombre, la concepción que el hombre tiene de sí mismo, la consistencia de su “yo” como lo ha pensado, creado y amado Dios.

Comprended que si somos conscientes de todo esto, no podremos sentirnos ya más llegados a la meta cuando hacemos la Profesión. No podremos ya más medir nuestro camino monástico en etapas determinadas. El trabajo de la *conversatio morum* en obediencia filial y estabilidad fraterna nunca tendrá fin. Es toda la imagen de Dios la que se reconstruye y se forma en nosotros, pero no desde nosotros, sino desde Dios. Nosotros, como María, estamos llamados a aceptar, a desear la vida y la felicidad hasta acogerla del Señor.

El temor de Dios coincide con esta disposición de nosotros mismos que reconoce y acepta la libertad, la sabiduría, la felicidad son una gracia, son la obra de Dios en nuestro corazón, la obra creadora y salvadora de Dios que nos modela con amor para llevarnos a la plenitud de lo que somos, a la imagen cumplida de Él en nosotros, a la santidad.

Esta disposición se nos presenta clara enseguida en la Regla. Basta releer el Prólogo que nos presenta al hijo alejándose y perdiéndose en la desobediencia que regresa a casa para recomenzar a construir su vida en la obediencia al Padre bueno (Pról. 1-2). Por esto, san Benito pide comenzar “pidiendo con oración insistente” que sea Dios el que lleve a cumplimiento lo que iniciamos (Pról. 4).

Por dos veces habla san Benito del temor de Dios en el Prólogo, citando los salmos. La primera vez en un fragmento en el que exhorta a decidirse por la conversión: “Levantémonos, pues, de una vez; que la Escritura nos espabila, diciendo: «Ya es hora de despertaros del sueño». Y, abriendo nuestros ojos a la luz de Dios, escuchemos atónitos lo que cada día nos advierte la voz divina que clama: «Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones». Y también: «Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias». ¿Y qué es lo que dice? «Venid, hijos; escuchadme; os instruiré en el temor del Señor»” (Pról. 8-12).

A quien se decide por la conversión, es decir, a quien escuchando la llamada de Cristo reconoce que su vida, para ser verdadera y plena, debe cambiar, debe renovarse, el Espíritu Santo le responde ofreciendo la formación paterna en el temor del Señor: “Venid, hijos escuchadme: os instruiré en el temor del Señor” (Salmo 33,12).

Esta formación permite crecer en la humildad, sin gloriarse, es decir, sin recaer en la autonomía orgullosa que nos ha alejado del Padre. Esto está expresando en el segundo pasaje del Prólogo en el que se habla del temor del Señor, en el versículo 29. Pero lo veremos mañana.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist